

adaptación la hundieron más aún por exceso de “chistes”; la dirección sólo existe en los detalles de mal gusto, pues del bueno no hay; las actuaciones, que pudieron ser buenas en Córdova y en Magda Donato, se pierden por exceso también de chistes, y el resto del reparto se defiende, pero de la obra, y todos tratan de ser muy simpáticos. Bien Julio Monterde, que pasa por discreto, y bien Alejandra Meyer, que en medio de su vulgaridad se salva porque es justamente lo que necesitaba para ese personaje.

Estas ingenuas que se pasaron de tueste no se harán viejas en el Teatro Principal. La noche en que asistí había quince personas, de las cuales sólo una se reía (yo que soy un degenerado) y el resto permanecía en un escalofriante silencio, llevado hasta su extremo al caer el telón final y no aplaudir. Si el telonero no hubiese descornado la cortina nuevamente, obligando al escaso auditorio a palmotear débilmente, los actores no hubieran escuchado esa noche ningún ruido de palmas, lo que también sería injusto, pues ya el aprenderse de memoria tanta tontería, soportar al director y ver desierto el teatro, es digno de premiarse aunque sea con un modesto y poco entusiasta aplauso.

28 de agosto de 1966

ATROCIDAD DE LAS “ADAPTACIONES”

Se supone que la Unión Nacional de Autores existe para defender los intereses de los escritores de teatro del mundo entero, para que los voraces empresarios no les arrebaten los derechos que les pertenecen legítimamente y para que sólo aquella empresa que haya adquirido los derechos de representación, pueda montar la obra en un escenario. Por desgracia, en México la Unión de Autores no cumple con lo anterior, sino que, por lo contrario, es la principal enemiga de todos los escritores teatrales extranjeros, y permite que cualquier empresario que se sienta escritor “adapte” la comedia y por ese simple hecho le quite al autor la mitad

de sus derechos. Lógicamente, todos los empresarios que no tienen un mínimo de conciencia y de respeto al trabajo de los demás “adaptan” las obras para pagar menos a quien puso la materia prima.

El representante de los autores norteamericanos no permite semejantes atrocidades, pero los representantes de los autores franceses y españoles no se preocupan poco ni mucho de que sus representados cobren o no lo que les pertenece. Pero ya el colmo del cinismo lo ha logrado el señor Alfredo Varela, que no contento con “adaptar” cuanta comedia tiene la desgracia de caer en sus manos y de arrebatarle al escritor la mitad de sus ingresos, lleva su vanidad al delirio cuando en los programas coloca su nombre junto con el del autor, como si la hubiesen escrito en colaboración. Tal es el caso de la comedia *Tres alcobas*, en que puede leerse en el programa: “De Tejedor-Varela”. ¿Y la Unión Nacional de Autores? Bien, gracias, jugando ajedrez por las noches en su local. Pronto veremos *Las alegres comadres de Acapulco* (porque Varela todo lo sitúa en Acapulco), de Shakespeare-Varela, o *Ifigenia en Acapulco*, de Eurípides-Varela. Y uno no tiene más remedio que proferir con Don Diego Tenorio aunque no sea día de muertos: “recelo que hay algún rayo en el cielo preparado a aniquilarte”.

En la comedia *Tres alcobas*, “de Tejedor-Varela”, y que en su original debe ser muy graciosa, sin los “chistes” de carpa arraballera y sin los “albures” de pepenadores que le fueron “adaptados”, trabajan ocho personas de las cuales sólo una es cómica, y las demás luchan a brazo partido para serlo también, sin conseguirlo jamás. A Emilio Brillas se le ha atacado por corriente, por “morcillero” y hasta por mal actor, pero ningún cronista ha reparado en que un hombre que con sólo aparecer en un escenario, antes de que abra la boca y antes de que el público sepa lo que va a hacer, provoca unas carcajadas que hacen estremecer el teatro, es un actor que posee un “ángel” tan grande, que es digno de respeto. El público, bastante numeroso siempre, ama a Brillas, y le festeja hasta el menor ademán o el chiste más bobo y más conocido que diga; ese público que paga su boleto, que asiste al teatro, que permite que haya una fuente de trabajo abierta, es también digno de todo respeto. Y si eso es lo que le

gusta, ojalá tengamos un Brillas perenne sobre un escenario. A los cronistas de espectáculos puede no gustarles ese cómico en lo personal, pero antes de pontificar guiados por su propio sentido de lo bueno y lo malo, deben fijarse en el resto de los espectadores, que se divierten en grande, que ríen hasta saltárseles lágrimas y que, por supuesto, no van a leer las crónicas teatrales de los periódicos.

En la comedia aparece una bella mujer que tiene nombre de estrella del cine mudo, Ambar La Fox, y que podría estar bien de actuación si no estuviese tan pendiente de quitarse su tono argentino para hablar. León Michel es un exponente más de los locutores metidos a . . . iba a decir actores, pero como esos señores ni siquiera se acercan al significado de esa palabra, diré que siguen siendo locutores en el escenario, pues para hacer reír tienen que recurrir a sus frases manidas de los comerciales de televisión. Es triste la posición de estos señores, que no estando contentos con ser locutores, como si fuese una profesión indigna, invaden los escenarios y demuestran que nada tienen que hacer en ellos. Arturo Cobo está gracioso, nada más. El resto del reparto . . . que Talía se los demande.

Un reproche a David Antón por su horrenda escenografía. Un profesional de su categoría, que cobra altos honorarios, no tiene derecho alguno a colocar esas rocas de cartón pintado y engrudo, y a esbozar una escenografía ramplona para cada uno de los actos. Si no se da abasto con tanto trabajo como tiene, más vale que acepte menos compromisos, porque así hará las cosas como sabe hacerlas y dejará oportunidades a nuevos elementos, que los hay, y muy valiosos.

2 de octubre de 1966

ALGO TAN RANCIO COMO LA MANTEQUILLA

Don Roberto Soto, considerado el rey de la revista mexicana, llegó a la cima de su carrera cuando logró presentar *Rayando el*